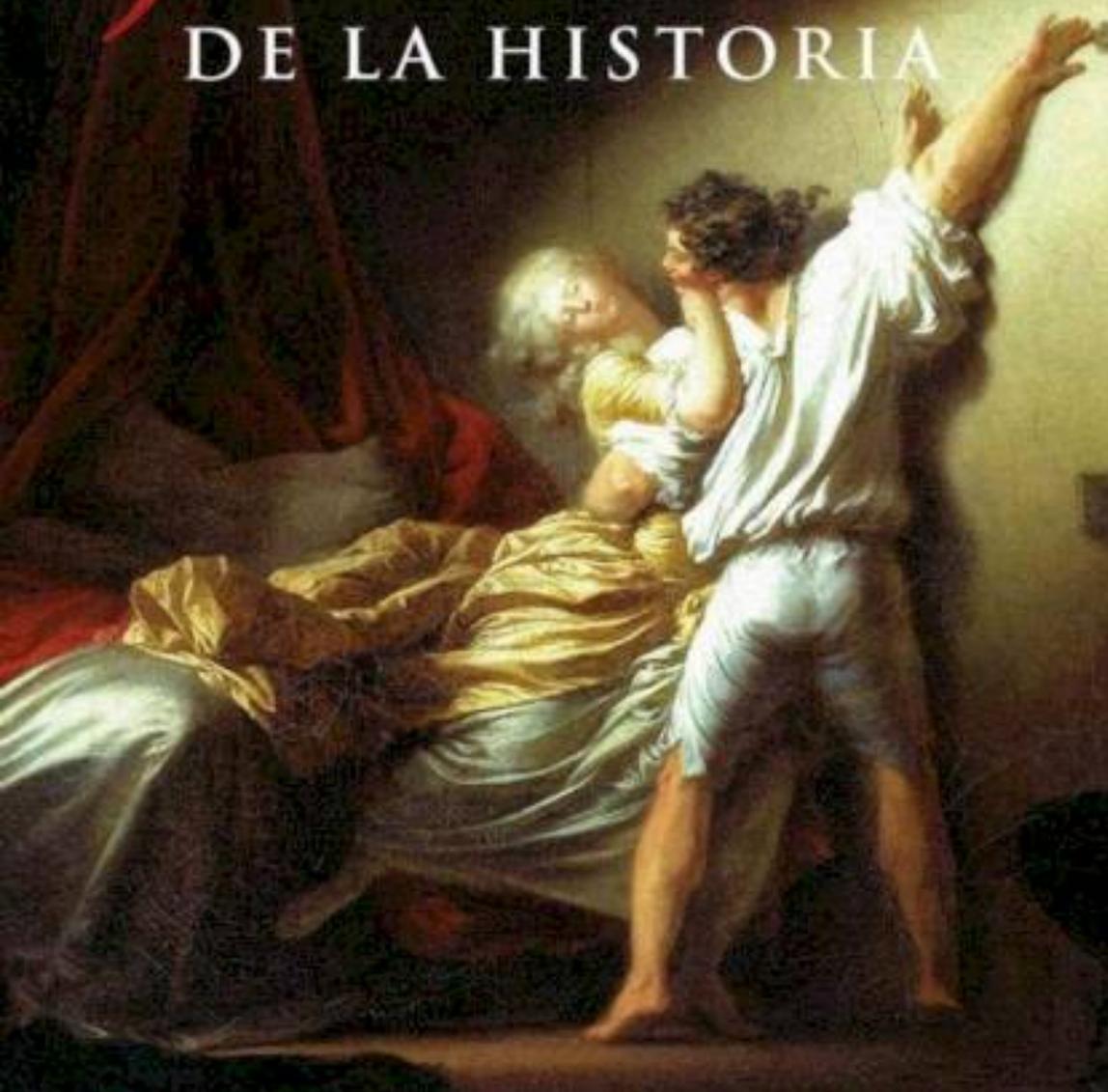


JOSÉ IGNACIO DE ARANA

GRANDES

*polvos*

DE LA HISTORIA



Algo que debería ser íntimo como la sexualidad puede, sin embargo, tener una notable trascendencia en la sociedad y hasta en la Historia cuando sus protagonistas lo son también de esta. He aquí algunos de los ejemplos relatados en este libro:

La violación de una jovencita propició la invasión musulmana de España. La «impotencia» de un rey, proclamada a los cuatro vientos, cambió una dinastía. Un producto muy parecido a la Viagra provocó en el siglo XVI la muerte de Fernando el Católico. La fogosidad sexual de una princesa mató al heredero de España. María Tudor tuvo un «embarazo fantasma» de sus relaciones con Felipe II. Dos guardias reales conquistaron el corazón y todo lo demás de dos reinas. Las orejas de la reina María Cristina excitaron sexualmente a un marino americano. El tálamo real de Isabel II lo frecuentaron muchos hombres menos su esposo. Alfonso XII y Alfonso XIII buscaron a sus amantes en los escenarios teatrales. Varios bastardos reales alcanzaron más prestigio que los hijos legítimos. Un convento de Madrid acogió las aberrantes relaciones sexuales de un rey y las de su todopoderoso valido. Unas prostitutas barcelonesas hicieron cambiar el arte universal. Las corridas de toros esconden un profundo y ancestral rito sexual...

Un libro que combina el rigor histórico con un toque de desenfado, y que sorprenderá al lector por sus asombrosas revelaciones.

*Para Mercedes, como todo.  
Y para Almudena, Mercedes, Ignacio, Rodrigo y  
Manuel.*

## PRÓLOGO

Cuando comenté con algunos allegados mi intención de escribir un libro de las características de este, alguien muy próximo me dijo seriamente: «¿Qué hay que escribir de la sexualidad estando ya el *Kamasutra*?». Confieso que por unos instantes se me pusieron los pelos de punta y se desmoronaron los esquemas que yo había ido estableciendo mentalmente para comenzar la escritura. Un pensamiento negro como el ala de un cuervo se apoderó fugazmente de mi cabeza: pero ¿qué idea tiene la gente de lo que es la sexualidad, un concepto que encierra una gama tan amplia de matices que, desde luego, ni empiezan ni acaban en el acto sexual? Sin embargo, esa alusión me sirvió de revulsivo, primero, y de punto de referencia, inmediatamente después. El libro que hubiera de escribir habría de alejarse todo lo posible, y es mucho, de esa idea que no albergaba solo el cerebro de mi amigo, sino que se asienta en el de gran número de personas de cualquier nivel social y cultural y, por supuesto, de ambos sexos, aunque predominen mayoritariamente entre los del masculino.

La convivencia entre hombres y mujeres es, aparte de obligada, el motor de una gran mayoría de los comportamientos humanos, empezando por los que se derivan de la existencia de la familia, pasando por los cada día más frecuentes de índole laboral y llegando hasta cualesquiera de

las formas de entender, sentir y expresar el principio fundamental que mueve la existencia humana; a saber: la búsqueda de lo verdadero, lo bueno y lo bello. La historia está llena de modelos de esta forma de entender la sexualidad y nos lo muestra reflejado, además de en la documentación de las crónicas, a través de dos de los procedimientos en que el hombre se perpetúa y deja constancia de su mundo: la creación artística y la literaria. Tres creadores de nuestro tiempo han plasmado en sus obras, a mi juicio de manera extraordinariamente clara, esa realidad. El primero es el noruego Ibsen, quien en alguna de sus obras, en especial en *Casa de muñecas*, presenta un panorama de enfrentamiento entre las visiones masculina y femenina de la sociedad y de sus conflictos; su literatura se tiene por muchos como uno de los más precoces y duros alegatos del llamado *feminismo*, una corriente de pensamiento con más sombras que luces en su posterior desenvoltura. El segundo es nuestro Federico García Lorca con obras como *La casa de Bernarda Alba* o *Yerma*, ambas tragedias en las que dos formas de entender la vida se oponen frontal y dramáticamente. Y el tercero, el norteamericano Woody Allen: la mayoría de sus películas son retratos del natural de las relaciones entre hombres y mujeres, actuales pero igualmente intemporales, vistos en situaciones tan cotidianas como podían serlo los retratos de los pintores holandeses del siglo XVII; cierto que para el brillante cineasta, judío de estirpe como Freud e hijo de una cierta cultura americana, las relaciones de pareja o de sexos, no necesariamente de tálamo, deban pasar con demasiada frecuencia por el filtro del diván del psicoanalista.

La Historia con mayúscula, la que ocupa las páginas de los grandes libros de la materia, recoge episodios en cuyo inicial impulso encontramos solemnes intenciones o sublimes intereses. Sin embargo, la *intrahistoria* en que le gustaba hurgar a Unamuno está repleta de motivaciones mucho más a ras de tierra. Y entre las fundamentales figura la se-

xualidad de sus protagonistas o de los actores de segunda, tercera fila o del coro. Una sexualidad que puede mostrarse enriquecida y adornada como amor, pero que otras veces, quizá una mayoría, lo hace como simple atracción sexual de un hombre por una mujer o viceversa. Además que, siendo como es la sucesión de las generaciones el cañamazo de la Historia, en muchas ocasiones esta se verá truncada o desviada en su curso por causa precisamente de circunstancias derivadas de la actividad sexual. Una impotencia, una infertilidad, una frigidez, un nacimiento fuera de las fronteras de la legitimidad conyugal han sido frecuentes argumentos en el drama o tragicomedia históricos.

El instinto de conservación individual, con todos los mecanismos y energías que mueve para su realización, no es el más importante de los que rigen en los arcanos de los seres vivos. Es, como mucho, el primer paso, sin el cual ciertamente sería imposible hacer un camino; pero solo eso, el movimiento inicial para lo que se va a convertir en una caminata de mucho mayor alcance y sobre todo trascendencia en el sentido literal de este término. La función más importante de cualquier ser vivo no es tanto, según el dictado del Génesis —similar, por cierto, al de todos los relatos que en las más distintas culturas narran o idealizan su origen—, la de «crecer», sino la de «multiplicaos y dominad la tierra». La fuerza más poderosa es la de perpetuar la vida, la de reproducirse. La reproducción asegura que las especies no se acaben con la muerte ineludible de los individuos.

Existe en los asuntos del sexo una cuestión radical que enunciaremos así: es necesario distinguir entre *instinto sexual* y *sexualidad*. En realidad, la distinción puede complicarse un poco en cuanto que se trata de hacerlo entre lo que es un todo y lo que no es más que una parte. Al *instinto sexual* otros lo denominan *hambre sexual*, reuniendo así la referencia a los dos instintos primordiales, y aun otros, los más refinados y actuales de la lingüística, lo llaman *libido*, con palabra aprendida de Freud y de su oceánica crea-

ción psicoanalítica. Pero es menester afirmar que así como el hambre no es más que una manifestación vegetativa, absolutamente inconsciente y difícilmente reprimible, del instinto de conservación, la libido lo es del más complejo instinto sexual. De confundir ambos conceptos solo podrán derivarse, y así lo hacen, muchos conflictos en la vida de relación del ser humano. La *sexualidad* abarca todo lo referente a las relaciones no solamente genitales entre hombre y mujer, sino afectivas y de comportamiento en general; y asimismo tienen connotaciones sexuales gran parte de las acciones individuales y colectivas de cada sexo, como se encargó de exponer Marañón en sus *Ensayos sobre la vida sexual*.

Hay muchos rasgos distintivos entre la sexualidad humana y la animal, pero quiero traer aquí a colación uno de los que tienen mayor significación para todo lo implicado en las relaciones de este tipo. En una mayoría de los animales, desde luego en casi todos los mamíferos, nuestros más próximos «parientes», las hembras tienen durante sus años de capacidad procreadora una fertilidad solo periódica; también la mujer. Únicamente en determinados, y por lo común muy cortos, períodos de tiempo son susceptibles de ser fecundadas, porque solo entonces sus órganos genitales internos, los ovarios, producen óvulos y estos tienen una supervivencia de pocos días una vez salidos del ovario. Por lo tanto, la inseminación fuera de esos plazos será infecunda, estéril. El organismo de las hembras se transforma profundamente durante ese ciclo de la *ovulación*; cambian aspectos fisiológicos, físicos, morfológicos y hasta de comportamiento. Todos juntos, pero sobre todo estos últimos, la hacen atractiva al macho, que la buscará para obtener una fecundación eficaz. Es el denominado período de *celo*, que puede ocurrir una sola vez al año o con una mayor periodicidad como la bianual o la mensual. La mujer tiene un ciclo fértil mensual o, por mejor decir, *solunar*, pues sigue más el ritmo de la Luna que la rigurosidad del calendario,

sin que se haya establecido con certeza el motivo de tan singular cadencia. Pero, a diferencia de otras hembras, ni el deseo ni la capacidad de atracción hacia el otro sexo se encuentran en ella sometidos a esas variaciones temporales, sino que son continuos durante todos los días; con altibajos, cierto es, pero permanentes. En el hombre sucede otro tanto, aunque en él no dependa de ciclos de producción de espermatozoides, que es incesante desde la adolescencia hasta bien entrada la senectud. Esto da ocasión a que las relaciones sexuales entre hombres y mujeres se ejerzan en cualquier momento, cegando la pasión el objetivo para el que primordialmente están destinadas.

El ser humano es el único ser vivo capaz de modificar sus instintos más primordiales, el de conservación individual y el de perpetuación de la especie. Veamos qué sucede con el primero. El hombre, que busca la comida porque la necesita, y lucha por ella si es necesario, sin embargo, se quitará, literalmente, el pan de la boca para ofrecérselo a un semejante, en especial a alguien de su familia, para que sea él quien sobreviva. La historia de la humanidad —y no hay que remontarse demasiado para asistir a ejemplos conocidos— está llena de situaciones de este tipo. El hombre estará dispuesto, y lo cumplirá, a perder la vida por salvar la de otro, e incluso muchas veces el motivo no será el prójimo, sino un ente abstracto, ideal, como la religión, el honor o la patria. Son formas de lo que llamo *sublimación* de un instinto: se le vence por la superior condición humana que lo envuelve, lo soterra y lo domina.

En el instinto de reproducción sucede algo similar. El hombre, la mujer, pueden renunciar directamente a él mediante la castidad perfecta; lo han hecho muchos en los largos siglos con que cuenta la humanidad. Sin llegar a la abstinencia sexual completa, es frecuente la moderación en la actividad de este tipo por múltiples motivos: respeto a la falta de deseo ocasional del otro, de sus condiciones físicas en un momento determinado, etc.

En el hombre sexualmente maduro la relación carnal, genital, no es el todo de la unión sexual. En algún momento de la historia humana, el hombre, finalizado el desahogo del coito, quizá sobre el duro suelo de la cueva, se levanta, mira a la mujer que yace exhausta y decide volver a echarse junto a ella solo por hacerle compañía y arroparla entre sus brazos. En ese momento ha nacido el amor, la sexualidad instintiva se ha enriquecido con los matices maravillosos de la sexualidad afectiva. Esto se completará en la evolución de este sentimiento, ya no solo instinto, con todo el amplísimo proceso de los prolegómenos del acto sexual. La bella Marilyn Monroe, no tan tonta como nos han querido hacer creer, fue preguntada en una ocasión por las tres cosas que más le gustaban, y respondió, burlona e inteligentemente: «El whisky de antes... y el cigarrillo de después». Esos dos períodos que la rubia actriz, avezada en estas lides, sintetizaba en un whisky y un cigarrillo constituyen en mi opinión dos de las aportaciones más importantes y distintivas que el ser humano ha hecho a la sexualidad. En el «antes» se sinceran los cuerpos, se desnudan con estas las pasiones, los deseos, hasta las ideas más ocultas que se arraciman en los recovecos de la mente; en las teorías psicoanalíticas es un mecanismo liberador muy beneficioso para el normal regimiento mental, durante el que suben a flote muchas rémoras del subconsciente que nos pueden arañar sin saberlo desde muy adentro el día a día. El «después» suele ser el tiempo de las confidencias sosegadas entre la pareja, cuando se habla, con el otro fuego momentáneamente apagado o en brasas, de esas cosas, afanes, proyectos, sueños que el vivir cotidiano nos silencia entre su retumbante ajeteo. Entonces, el hombre y la mujer alcanzan otro tipo de clímax más sereno, pero en el que la sexualidad de ambos está asimismo presente con sus formas distintas y complementarias de ver y entender lo real y lo imaginario.

Un aspecto de la sexualidad humana que se deriva de lo que acabo de decir es que su actividad se mantiene, entre

individuos normalmente constituidos, aun después de que la prístina finalidad de esta haya desaparecido. El hombre y la mujer se desean, se miman y acarician, realizan el coito y disfrutan con aquellos tres períodos antes citados cuando ya la naturaleza ha puesto fin a la capacidad genésica. Al menos de la mujer, pues con razón se dice que «el hombre pierde antes el diente que la simiente». El instinto nuevamente se ha sublimado y, sin dejar de utilizar los mecanismos de que ha dotado al cuerpo para su cumplimiento, se cubre solo con las vestiduras del amor humano.

Si tuviéramos que hacer una clasificación de los avances científicos surgidos a lo largo de la humanidad, o siquiera en los últimos cien años, basándonos en su relevancia para el cambio del comportamiento humano, seguramente nos encontraríamos en un duro brete. Muchos optarían al primer lugar y todos tendrían derecho a esa prominente situación mirados desde algún punto de vista particular. Por eso, usando esa inexcusable parcialidad, para escribir este libro me decido sin dudar por declarar ganador al descubrimiento y desarrollo de la anticoncepción hormonal: en síntesis, y aunque el concepto sea más amplio, a la denominada *píldora anticonceptiva*. El mérito que le sirve para alcanzar esa preeminencia es que por primera vez, de forma eficaz, sencilla y relativamente inocua —solo relativamente, es la verdad—, ha conseguido separar dos hechos que por la propia naturaleza iban casi indisolublemente unidos: la relación sexual genital y la procreación. Algo en verdad revolucionario a escala biológica, la que parecía más intangible y la que más de cerca nos afecta como seres vivos que somos por encima y por debajo de cualquier otra condición que nos arroguemos. Los hombres y mujeres siempre habían ideado sistemas para evitar que de la relación sexual se siguiera una posible fecundación. Los métodos anticonceptivos son muy antiguos y variados; algunos de cierta utilidad, otros esperpénticos. Pero la falibilidad de casi todos los dejaba sometidos al albur de mil circunstancias, por lo que su

utilización nunca llegó a generalizarse tan universalmente como lo han hecho los actuales.

Solo cuando la mujer ha podido separar su condición femenina del hecho de tener que dedicarse al cuidado de los hijos que casi indefectiblemente se sucedían uno tras otro con una vida sexual normal, ha dispuesto de tiempo en lo que biológicamente constituye la edad fértil, entre los quince y los cincuenta años por término medio, para otras actividades. Este cambio tan radical de la sexualidad ha permitido que la mujer haga su aparición masiva en ámbitos de la vida social que antes le estaban prácticamente vedados como, sobre todo, el mundo laboral. En ese sentido, las últimas décadas han asistido a la eclosión de nada menos que la mitad de la población a cualquier actividad, marcando en ellas el sello de la feminidad que se deriva en muchos aspectos, no lo podemos olvidar, de su propia condición sexual. La sexualidad, en especial la femenina, adquiere, pues, unos tintes inéditos en la historia; de hecho, está cambiando el curso de esa historia en forma tan acelerada que, como sucede siempre en estos andares apresurados, unas veces, las más, consiguen un avance, pero otras se estorban con tropezones o con la toma de caminos equivocados. Los tiempos cambian, es bien cierto, y hoy la mujer parece haber roto esos límites impuestos por la historia. Pero fijémonos en que, siendo ello bueno, muy bueno, todavía una gran parte de los hombres admite esta realidad como algo obligado por «estos tiempos», pero la considera, en el fondo de su almario, como una claudicación varonil, como una derrota que se asume a regañadientes y con ánimo de revancha. La ciencia y la tecnología avanzan a zancadas de gigantes; la mentalidad humana lo hace a pasitos cortos y melindrosos como los de un enfermo grave que en la convalecencia empieza a caminar. En ello estamos.

En resolución, un médico mira todo lo referente a la sexualidad con unos ojos quizá diferentes al común de las

personas. Por su formación científica sobre lo que se refiere al ser humano como conjunto de cuerpo y mente, que le hace entender recovecos que a otros se les escapan, y por su vocación de intervenir sobre ambas porciones de sus semejantes con ánimo de ayudarles en sus padecimientos físicos y anímicos de cualquier orden. Pero el médico es también un hombre, o una mujer, inmerso en la complejidad de la vida y puede, y aun debe, ocuparse de investigar, sin dejarse cegar en demasía por las anteojeras de su profesión, todas y cada una de las manifestaciones que la sexualidad tiene en la vida cotidiana de la humanidad. Por utilizar palabras prestadas, las de una célebre novela del gran Torrente Ballester, son *los gozos y las sombras* de la condición humana. No deberían llamar la atención; al fin y al cabo, es lo más natural del mundo desde que Dios puso a Eva al lado de Adán en el Paraíso. Pero ya entonces tuvo consecuencias y las sigue teniendo, gracias sean dadas al mismo Dios. En la mayoría de los casos los únicos afectados habrían de ser cada hombre y cada mujer, y los testigos, si acaso, las paredes de una alcoba; mas en otros hacen temblar la tierra y se tambalean instituciones y hasta imperios, y el mundo parece que cambia su trayectoria. Son cosas del amor que, ya dijo Dante al finalizar su *Divina Comedia*, mueve el sol y las demás estrellas.

Un repaso por la historia en busca de cualquier parcela de la actividad humana es una tarea ingente reservada a profesionales eruditos. Por eso este libro será solo una ojeada parcial con exclusivo, o casi, interés por lo acaecido en España, que siempre nos pillará más cerca del recuerdo personal o de la memoria colectiva, aunque eso mismo pueda teñir de subjetivismo su interpretación. Libros sobre sexualidad se han escrito muchos, unos mejores, otros peores. De todos los que he tenido a mi alcance, sin embargo, debo admitir que he aprendido algo, virtud que ya Cervantes reconocía a cualquier libro. Los que más curiosos me han resultado, o en los que el aprendizaje ha sido mayor,

van incluidos en la Bibliografía de este con mi admiración, respeto y gratitud a sus autores; otros, solo hojeados, harían interminable y farragoso ese apartado que es siempre obligatorio en una obra que pretende ser de recopilación y análisis, forzada a aquilatar la síntesis de las fuentes, y no un centón de trabajos ajenos.

## 1

## SANTOS Y NO TAN SANTOS

## EL SEXO EN LOS CLAUSTROS MEDIEVALES

**D**urante muchos siglos, una gran parte de quienes entraban como monjes y monjas en los claustros no lo hacían por verdadera vocación religiosa, sino porque esta era una de las pocas formas que un individuo tenía de escapar de la miseria que atenazaba a la mayor parte de la sociedad; allí dentro el sustento estaba garantizado; las comodidades, aun con la austeridad y la disciplina impuestas por las distintas reglas monásticas, eran muy superiores a las accesibles al común de las gentes de la época, y el hábito confería incluso un punto de superioridad sobre los que, no vistiéndolo, se acercaban para cumplir con las múltiples devociones religiosas sociales. En otros casos, el ingreso en el recinto monacal había sido una obligación prácticamente ineludible: hijos menores varones de familias con buen o mediano pasar, pero en las que el patrimonio no daba para todos, y la otra opción, la de la milicia, era menos halagüeña y, desde luego, más azarosa; mujeres jóvenes a las que no se podía casar por falta de atractivo físico, pero con más frecuencia por falta de dote, entonces imprescindible; viudas que al morir sus maridos quedaban en la más absoluta

de las estrecheces vitales; mujeres, en fin, que habiendo llevado una vida disoluta eran presionadas por sus confesores a recluirse o que lo decidían ellas mismas para apartarse de las tentaciones mundanas.

Es lógico que con esa falta de auténtica motivación religiosa muchas de tales personas enclaustradas soportaran mal el ascetismo que está en la raíz del monacato. La renuncia al mundo, sus pompas y vanidades, aún podría sobrellevarse porque fuera de aquellos muros tampoco estaban al alcance más que de unos pocos; pero la resignación de los instintos más primitivos era ya otra cuestión muy diferente.

Los siete pecados capitales tenían su asiento entre gentes que se habían recluso, de grado o por fuerza, para luchar contra ellos. La soberbia de los que se creían elegidos de Dios sobre el resto de sus semejantes; la avaricia de un régimen económico que primaba el llenado de los almacenes del monasterio antes que el de los simples labradores; la ira del superior hacia cualquier inferior en una estructura rígidamente jerarquizada; la gula que propiciaba una culinaria particular para sortear los dictados de la abstinencia; la envidia, fruto envilecido que nace en cualquier grupo de personas que conviven, cuanto más si lo hacen en los estrechos límites de un edificio, por grande que sea, y durante todas las horas del día y de la noche; la pereza que asalta en medio de la rutina. Y, claro está, la lujuria.

La castidad a ultranza, la abstinencia sexual completa, es muy dura en quienes la asumen voluntariamente por principios éticos que consideran sinceramente como superiores para su realización personal; hasta en ellos las caídas, o al menos las tentaciones de caer, son continuas. Pero para el resto de los mortales es empresa imposible porque no existen valladares y si los hay se los salta. Al atravesar el umbral del monasterio cada hombre o mujer llevaba dentro de sí su personalidad, la mayoría de las veces inmadura, pero de esta formaba parte indisoluble el instinto sexual